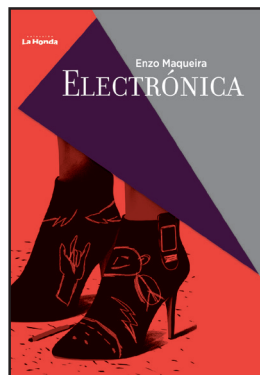


Viajes sonoros por los túneles en colores de *Electrónica**

En 2014 vio la luz la primera edición de *Electrónica*, tercera novela del argentino Enzo Maqueira, bajo el sello de Interzona Editora. Un año antes, en septiembre, el porteño desfilaba por La Habana y ofrecía charlas en la Casa de las Américas, bajo su condición de invitado a Casa Tomada. III Encuentro de escritores y artistas jóvenes de la América Latina y el Caribe. De manera que apenas esta obra vio la luz en tierras bonaerenses, Enzo se las ingenió para hacer llegar algún ejemplar a la isla caribeña, donde había dejado tantos afectos, donde le interesaba que sus historias fueran leídas. Los amigos—imagino—sirvieron de puente, correo postal, mensajeros.

Fue precisamente gracias a ese envío que en 2015 cayó en mis manos la edición de Interzona. Recuerdo su portada: unos labios de mujer, carnosos, rosas; y el furor que causó entre mis amigas, lectoras, veinteañeras. Recuerdo también que me gustó. Solo que no sé si con el mismo furor.

Años después de aquella lectura primigenia, el Fondo Editorial Casa de las Américas publica la exitosa obra del argentino, que en su momento fue catalogada como «la novela de una generación»: la de los jóvenes de la clase media argen-



tina. Años después, me piden esta reseña. «Tendría que volverla a leer», digo desde ese lugar al que la pandemia me ha confinado: WhatsApp.

Y es que, a estas alturas, de *Electrónica* solo recordaba dos cosas:

Primero, lo que bien podría ser una sinopsis apresurada: hay una profesora de Periodismo que se «engancha» con su alumno —por supuesto, varios años menor—, que no hace otra cosa que «rebanarse» los sesos para pactar otro encuentro íntimo; una mujer de treinta años que espera, una llamada, un mensaje, alguna señal electrónica. Y que ahí, al final de esa decadencia emocional, decide matar al avatar de Rabec, borrar todo rastro digital de lo que en algún momento fue su mayor obsesión.

Segundo, que fue gracias a este libro que conocí al dúo parisino Air, conformado por Jean-Benoît Dunckel y Nicolas Godin *French touch*, retrofuturismo, sintetizadores, psicodelia de fondo. Porque si algo es *Electrónica* es un planeta de sonidos.

¿Cuántas veces escuchamos música para acompañar un libro? Pues no se puede leer esta novela sin habitar el álbum, el tema, la banda, el músico en la página de turno. «Run», «Biological», «Weird Fishes/Arpeggi», «Reckoner», «Paranoid Android», «Adagio for Strings»; himnos de conciertos, viajes por las estrellas, canciones de seducción, atmósferas cálidas y melancólicas que aderezan una historia contada desde varios puntos de vista y que se nos revela, a cada tanto, como un reservorio de adicciones e insatisfacciones personales.

*Enzo Maqueira: *Electrónica*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2020.

Solo eso recordaba yo de aquel viaje original a los confines electrónicos de Maqueira. Me olvidaba, eso sí, de lo más inquietante. De los túneles en colores, de los fluidos poéticos, de los peces haciendo el amor en un frasco de miel, del elefante sin trompa, de las manchas de humedad, del amor libre, del instante en que no hay otra solución posible sino colisionar contra el espejo. Me olvidaba, acaso, de esa segunda voz narrativa que interrumpe a la tercera y juega con nuestra astucia, todo el tiempo.

¿Quién es este ser supremo, este Ojo de Saaron? ¿Quién conoce las motivaciones de nuestra protagonista? ¿Quién se atreve a juzgarla? ¿Quién y por qué dice cosas como esta: «Pertener a tu generación era el pecado de origen» (55)?

Enzo, «viejo» zorro, guarda el dato para el final. Maldito despiste el mío, no lo recordaba. Fui sorprendida por partida doble cuando, en el capítulo «Beta», un cambio en la voz narrativa anuncia la revelación: «Recién en ese momento te diste cuenta de que yo estaba ahí. Que yo había reaparecido en tu vida» (111). Instantes después «Natasha se agachó para agarrar una piedrita. Te di la piedrita y te hice algunos chistes con Rosebud, con Orson Welles y con *El ciudadano Kane*» (por favor, insertar emoji de asombro acá que el autor acaba de sacar varios pañuelos de abajo de la manga. Me cambió el foco, suprimió el trastorno obsesivo compulsivo que desde ciento cuatro páginas atrás venía comiendo mi cerebro, movió mis cimientos al restaurar el orden del (su/mi) universo). Porque pocas cosas me gustan más en la literatura que la capacidad de un escritor para, cuando menos me lo espero, mostrarse dueño de ciertos artilugios. Me entusiasma ese alarde. Esa explosión de confetis.

Pero hay más en *Electrónica* —ahora puedo afirmarlo. Hay, como en toda novela moderna, una búsqueda (inacabada e inalcanzable) de la felicidad. La felicidad como un *flash*, como una ola, como el fallo de algún sistema operativo, que termina con el «visto» que te pueden «clavar» en un mensaje por WhatsApp.

«Nuestros abuelos ya hicieron el esfuerzo de empezar de cero, nuestros padres hicieron la plata, a nosotros nos queda buscar la felicidad. Pero no la alcanzás nunca, dijo la profesora. No, dijo el ninja, no nos queda nada. [...] la cosa es que no hay chance: la única felicidad que nos queda está recubierta de látex» (55). A eso sabe la felicidad acá. Sabe, además, a porro, a md, a ketamina.

Pero, ¿a quiénes pertenece esa felicidad? Si hacemos el ejercicio de leer otras reseñas de esta novela —siete años después de la primera edición, es absolutamente comprensible que existan varias—, encontramos eso que apuntaba al inicio de este texto: *Electrónica* es un retrato generacional. Lo pregunta sería además, ¿de cuál generación? ¿Quiénes se reconocerán en esta novela? A estas alturas, poco importa que sus lectores hayan experimentado los *raves* en Buenos Aires o las fiestas clandestinas de la era COVID en París; que sean amantes o no del *techno*, del *acid house*, consumidores o no del éxtasis; porteños, cariocas, chicanos, cubanos. Todos los que alguna vez pasen por estas páginas pensarán, y será inevitable, que esta también es su historia. Su felicidad también sabrá a látex. Será efímera. Como viajes sonoros por túneles en colores, provocados por alguna sustancia alucinógena.

Nota final (que quizá debí anunciar al principio): esto no es una reseña; es, acaso, una experiencia de lectura. Mientras, por razones obvias, agradeceré a quien arme el *playlist* definitivo de *Electrónica*, la novela, en Spotify. **C**